

Los Maestros se mueren

Por Juan Antonio CORRETIER

(Envío de autor. En *El Mundo*, San Juan¹ de Puerto Rico, 5, XI, 57).

Tiré el periódico y quedé pensando... En esa Bogotá de casi inalcanzable geografía, había muerto Don Baldomero Sanín Cano. Más allá, en Buenos Aires, Don Ricardo Rojas. Y la realidad cayó en mi alma como una noche lóbrega. En verdad, en verdad, que los maestros de mi generación se están muriendo. Realidad trágica, que nunca es exclusivamente personal. Siempre va más allá de un individuo, o de una familia. Alcanza hasta a una generación, hasta un pueblo.

En el caso de los hispanoamericanos va más lejos. Y en medio del dolor que en nuestro medio siembra, queda solamente esta compensación —tan absolutamente necesaria todavía— de recordarnos, con áspid de fuego en el corazón dolorido, hasta donde somos uno los pueblos hispánicos de América. Pues, a los puertorriqueños, como a los nacionales de cualquiera de nuestras demarcaciones políticas, nos han servido de maestros, colombianos y argentinos; puertorriqueños y nicaragüenses, cubanos y costarricenses, uruguayos y chilenos; peruanos y venezolanos y mexicanos; dominicanos y cubanos...

Y sin embargo...

Sin embargo, ese coro de almas que entre fines del Siglo XIX y las dos primeras décadas del XX se erigió, con su conducta, pirámide magistral de América, jamás pudo reunirse para, sobre el estrechón de manos y el abrazo de encuentro, hacer reflexión dialogada útil a nuestro destino. Procedieron siempre —los que se nos fueron y los que nos quedan— como una especie de senado espiritual de América, consejo moral de un estado mental que se extiende desde México a la Argentina y Chile. Su conversación se ha llevado a cabo por correspondencia y con el envío de recortes de Prensa o el intercambio de "periodiquitos" o de libros. Lo han hecho al ritmo lento del correo ordinario y fiado al azar poco glorioso de los que mandan en las oficinas postales. Fueron los idos, Rodó, Varona, González Martínez, Ugarte, Prada; Don Juan GuaiBERTO, don Fed., Don Américo, Don Froylán; y siguen siendo los que quedan: menciono sólo a Don Joaquín, (que es el más dulce y simbólico de todos), entendedores de la voluntad revolucionaria de América, sin hacerles remilgas



B. Sanín Cano

Cabeza de Ramón Barba

al medio inmediatamente necesario de sus manos ni importales el extremo ideológico a que haya ido a parar. Han sido, sobre todo, adelantados de ese nacionalismo popular que tanto necesitan nuestros pueblos para acabar con las entro-

misiones imperialistas y a la vez con el nacionalismo tradicional que a nada nos lleva.

Así, a la distancia, teniendo de por medio millares y millares de mirañones y orinocos, popocatepeles y totopaxis, y golfos y caribes y magallanes; y llanos y pampas y sertones, fueron haciendo, por sobre la hostilidad y la indiferencia; por sobre la agresión y la traición, "lo que por debajo del mar hace la Cordillera de fuego andino".

Para esa obra de gigantes, ¿con qué fuerza contaron? Con una; con una sola: su desinterés. Hombres que para ellos mismos nada quieren pueden mucho. Y esa generación, vespertina ahora, organizó, con esa sola fuerza, sino un nuevo estado político, sino un Tihuantinsuyu moderno, esto, que vale muchísimo: una nueva emoción hispanoamericana al servicio de la libertad.

Por contraste, apenas pasa ahora mes sin que los periódicos nos traigan noticia de algún "congreso" celebrado pomposamente en algún lugar de nuestra América, Congresos de ratones, —como decía Don Manuel, Congresos de ratones presididos por un gato, por un mismísimo gato. Sobre su cinismo y su fracaso flota, como una triunfante bandera, el ala ancha del sombrero de Sanín Cano, la corbata de Rojas, el "con usted", de Don Joaquín.

Estampas de la India

(En Rep. Amer.)

*Desciñe el cielo su purpúrea veste
junto al dormido estanque del ocaso;
esmalta niveos pájaros el este
como el festón de un repujado vaso.
La noche llega con silente paso
calando en sombras la llanura agreste
y en el gastado vellorí celeste
cuelga la luna su timbal de raso.
¡Oh, la dulce quietud de aquel paisaje
que se convierte en tintes de celaje!
¡Oh, la mística unión de los momentos
en que oímos la vina⁽¹⁾ de los vientos
sumir las inquietudes del bosque
en santa placidez de arrobamientos!*

JOSE B. ACUÑA

Madrás, 1953

(1) La vina es un instrumento musical hindú, que se tiene en alta estima y que requiere para su tocado una complicada técnica de digitación (J. B. A.)